

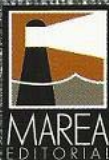
COLECCIÓN
PASADO
IMPERFECTO

Hernán Brienza

El último
revolucionario



EL LOCO DORREGO



Hernán Brienza

EL LOCO DORREGO

El último revolucionario

Director de la colección: Daniel Capalbo
Diseño de tapa y de la colección: Gaby Feldman
Edición: Constanza Brunet

© 2007 Hernán Brienza
hbrienza@editorialmarea.com.ar

© 2007 Editorial Marea S.R.L.
Pico 1850 (1439EFD) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: +5411 4703-0464
marea@editorialmarea.com.ar
www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-1307-00-5
Impreso en la Argentina
Depositado de acuerdo a la Ley 11.733

1ª edición: Febrero de 2007
2ª edición: Septiembre de 2007
3ª edición: Septiembre de 2008
4ª edición: Julio de 2010
5ª edición: Noviembre de 2010
6ª edición: Enero de 2011
7ª edición: Junio de 2011

A los argentinos, occidentales y orientales.

A los Dorrego, y también a algunos Lavalle.

A la memoria de Vito Brienza, porque este libro —que habla de tiempos remotos en los que no estábamos— demuestra que su viaje a estas tierras no fue en vano.

Ж

Por supuesto, a Laura y a mi familia.

Capítulo 1

Cielito y cielo nublado

EL HOMBRE DA LA PRIMERA PALADA CONTRA LA TIERRA seca por el sol a las 11:30 de la mañana. Es diciembre y la luz cae vertical sin permitir siquiera el amparo de las sombras. Quienes lo acompañan sudan impacientes, se restriegan las manos y entrecruzan palabras apenas descifrables. La hoja de acero vuelve a entrar en el piso una y otra vez. Al costado de esa tumba delimitada por ladrillos quebrados comienza a formarse un breve terraplén. De pronto se oye el ruido inconfundible de huesos quebrados. Cosme Argerich, el médico a cargo de la operación, da la voz de alto. Examina la tierra pero esos no son los restos de la muerte que está buscando. El parroquiano vuelve a su trabajo y a cada palada la tierra sale mezclada con viejos restos óseos de antiguas sepulturas superpuestas.

La tarea continúa unos minutos más hasta que la pala encuentra algo sólido. Una bota. Argerich mira a sus acompañantes, el camarista Miguel Villegas, el juez de paz Pedro Trejo, el cura del pueblo de San Lorenzo de Navarro, Juan José Castañer y los parroquianos Indalecio Palma y Manuel López. Se hace un silencio espeso y el médico baja el escalón de medio metro ya cavado. Se sienta en cuclillas y comprueba que se trata de un pie izquierdo. De inmediato ordena que trabajen con más cuidado. Entonces hallan la otra bota y luego las piernas y los muslos envueltos en un pantalón raído de paño mezcla oscuro. El torso está cubierto por una sabanilla de tejido de algodón pardo. Lentamente, levantan la tierra que cubre el pecho y surge el hombro izquierdo y la mandíbula inferior con todos sus dientes.

No hay dudas. Ese es el cuerpo que estaban buscando. Del cuello, que presenta viejas heridas de guerra, nace un corbatín de seda negro. Y el cráneo, partido, destrozado, lleva aún sus ojos vendados con un pañuelo de seda amarillo. Siguen escarbando con cuidado hasta dejar al descubierto el pecho y el brazo derecho. Finalmente, encuentran los restos

de la chaqueta escocesa que el fusilado había pedido para morir.

Los hombres sacan de la fosa el cadáver, lo desnudan y lo colocan a la sombra para que Argerich pueda hacer su trabajo. El médico escribe: “Estaba deshecho todo el cráneo y sus huesos divididos en fragmentos muy considerables, de la cara sólo se consideran intactos la mandíbula superior, quijada inferior y pómulos, todas las partes blandas que cubren esta región están consumidas, el pelo se hallaba intacto; existía la lengua desecada, todo el cuello se encontró entero y bien patentes en sus partes laterales y superiores las cicatrices de las gloriosas heridas recibidas en defensa de la patria; el pecho anterior, lateral y posteriormente se conservaba enteramente revestido de sus partes blandas, aunque en estado de desecación; en el espacio intercostal formado por la quinta y sexta costillas del lado izquierdo, cerca de sus extremidades esternales, existe la entrada de una bala, cuya salida no se ha visto por la espalda. El vientre estaba revestido de todas las partes carnosas, aunque desecadas por sus lados anterior, posterior y laterales. Las extremidades superiores presentaron lo siguiente: el hombro izquierdo estaba completamente descarnado, aunque el húmero se encontró articulado y sostenido por sus ligamentos, el resto de esta extremidad se hallaba intacto. El extremo superior derecho se encontró intacto, aunque desecado... tenía las manos cruzadas”.

Una vez terminado el reconocimiento, Argerich comienza a lavar el cadáver con agua y lo prepara para colocarlo en la urna. Para eso, desarticula los extremos inferiores, lo sumerge en una solución de sublimado corrosivo, donde permanece hasta las 10 de la mañana del día siguiente. Luego los restos son dejados al sol para secarlos y, por último, barnizados con aceite de trementina. A las 12:25 de ese 15 de diciembre de 1829, exactamente un día después de ser hallado el cuerpo y a 367 días del fusilamiento, el médico y el improvisado forense coloca los restos en una urna y la cierra con dos candados.

Así, después de casi un año de olvido oficial y mientras las provincias de la Unión se debatían en guerras civiles, volvía de su muerte el coronel Manuel Dorrego, el hombre que derramó cinco veces su sangre sobre la tierra por defender a su patria y halló la muerte al frente de un pelotón de fusilamiento. Poco más que huesos quedaban del vencedor de las batallas de Tucumán y Salta, del fundador del primer partido popular de la historia argentina, del político que favoreció al pobrerío y a los orilleros, del gobernador que puso en jaque al Emperador del Brasil y se enfrentó a Francia y Gran Bretaña. Poco más que huesos quedaban del hombre que iba a inaugurar con su martirio la interminable Guerra Civil y su larga lista de crímenes políticos que hasta hoy sacuden estas ubérrimas y

furiosas tierras, del hombre que sus enemigos apodaban “El Loco”. “El Loco Dorrego”.

II

La comisión encabezada por Cosme Argerich y Miguel Villegas informó con asepsia que el cadáver de Manuel Dorrego se hallaba en “extraordinario estado de conservación”. Pero esas palabras cambiaron su significado a oídos de sus antiguos seguidores. El “extraordinario estado de conservación” devino en el “milagro del padre de los pobres”. Buenos Aires—que miraba alborotada cómo Juan Manuel de Rosas, el heredero político de Dorrego, asumía el 8 de diciembre como Gobernador y capitán general de la provincia con el nobiliario título de Restaurador de las Leyes— vivía tiempos de crispación política que no se registraban desde la anarquía del año 1830. En las calles, en las esquinas, en las casas no se hablaba de otra cosa que del regreso de los restos del Coronel. La ciudad se preparaba para los homenajes fúnebres con una devoción popular nunca antes vista. La razón era sencilla: Dorrego había sido el político más querido por los humildes, por los desclasados, por los jornaleros, los esclavos, las milicias populares, los indios y los desposeídos.

Por eso en las pulperías el gauchaje y los orilleros endulzaban el aire viciado por el sudor y el vaho del alcohol con el canto de cielitos enlutados y vidalitas en paganas letanías para su líder: “Cielito, cielo que sí / cielo de Carlos Alvear / que con Lavalle a Dorrego / se han propuesto fusilar / [...] ellos con baja traición / del puesto lo derribaron / sin mirar que las provincias / su poder le delegaron. / [...] Cielito, cielo y más cielo / cielo de honor ultrajado / más ellas se han de vengar / su derecho al ver violado [...] / Cielito y gloria del cielo / cielito de los federales / que han triunfado animosos / como en todas las edades. / El trece lo ejecutaron / al gobierno nacional / temiendo que a las provincias / él se fuese a refugiar / [...] Si Lavalle ha fusilado / a Dorrego en el Navarro / campo infausto, la Nación castigará tal desbarro”.¹

Y así, con sus voces cascadas, resquebrajadas por el tabaco malo, por las bebidas aguardentosas, los orilleros continuaban con su monótono

¹ El Cielito es una pieza musical que pertenecía a las danzas de salón conocidas como de baile suelto, como el Pericón. Luego se popularizó y se le introdujo letra. Generalmente, eran canciones de protesta o funcionaban como las crónicas de los trovadores de la Edad Media, es decir, tenían una función informativa.

lamento:

“Cielito de los civiles / cielo de vías legales / que siempre secta unitaria / reclama de los federales. / En el siglo de las luces / que tanto han vociferado / vemos atentados bruscos / de un pueblo incivilizado. / Cielito, cielo de plata, / Cielito de la montonera, / aunque no tienen cultura / no harán acción tan grosera. / La sangre que derramó / Lavalle sin miramiento, / en Navarro de Dorrego / despide un fatal aliento. / Cielito y cielo nublado / por la muerte de Dorrego / enlútese las provincias / lloren cantando este cielo”.

La comisión encargada de trasladar los restos del gobernador depuesto partió de Navarro y llegó al por entonces pueblo de San José de Flores. Allí, sus restos descansaron en la basílica hasta que el 30 de diciembre el cortejo fúnebre partió para Buenos Aires. Los caballos bufaban y resoplaban mientras cargaban la carroza, sus cuerpos sudados y enlutados con cintas blancas y negras avanzaban camino a la ciudad, a esa metrópoli que todavía no dejaba de ser una gran aldea, cuando a medio camino —seguramente en cercanías de la estancia de los Lezica—, un centenar de hombres distinguidos se interpuso al coche y lo hizo detener. Consternados y voluntariosos, los hombres desprendieron los tiros del carro de primera clase y comenzaron a cinchar ellos conduciendo a paso de hombre hasta la ciudad.

A pie, entonces, decenas de hombres de negro transportaron los restos de Dorrego por el camino central que desembocaba en la Plaza de la Victoria. Bajo el sol del mediodía, el imponente e improvisado cortejo fúnebre atravesó la zona de los corrales de Miserere e ingresó en la ciudad, donde una multitud agitaba sus pañuelos negros al paso de la caravana. A medida que se acercaba a la parroquia Nuestra Señora de la Piedad, las calles se abarrotaban de seguidores del partido popular que lanzaban flores sobre el carro, vivaban al ex gobernador, exigían justicia y clamaban venganza. A cuatro cuadras de la iglesia una larga hilera de sacerdotes vestidos de ceremonia detuvo finalmente el cortejo.

Los hombres que hasta ese momento tiraban del carro soltaron las riendas y cedieron el lugar a los sacerdotes vestidos con ropas ceremoniales, que se hicieron cargo del cortejo. Entonando cantos laudatorios se abrieron paso entre los miles de vecinos que se agolpaban en la Calle de la Piedad con majestuosidad. Al llegar a la plaza que rodeaba la parroquia, el cortejo se detuvo. Los postes a un costado de la plazoleta estaban adornados con ramos de olivo, y una compañía de honor que llevaba la bandera rendía homenajes al gobernador. Eran los oficiales de los tercios cívicos, las milicias populares de la época, que en vez de alzar sus fusiles, levantaban sus espadas desnudas. Mientras repiqueteaban sus

tambores y redoblantes, vivaban el nombre de Dorrego. Vestían impecables uniformes con moños negros y corbatas enlutadas.

Del frente de la Iglesia colgaban banderas oscuras y guirnaldas de flecos blancos, adornos simbólicos, cuadros de musas entonando cánticos en honor al gobernador asesinado y una leyenda que rezaba la siguiente octava:

“El héroe a quien la Patria llora hoy día
por salvarla su sangre derramara;
como soldado fue el valor su guía,
como legislador firmeza rara.
En él, el patriotismo relucía,
Ante él, el crimen pálido temblara;
Y si perderse pudo el patrio fuego,
Siempre se halló en el pecho de Dorrego”

El carro se detuvo frente a la iglesia. El pueblo hizo silencio. Nada se escuchaba en la plazoleta excepto los ruidos que producían los ceremoniantes al bajar la urna del carruaje y caminar hacia la improvisada mesa que esperaba bajo el frontis de la Piedad. El mutismo se alargó unos instantes eternos, hasta que la orquesta del interior del templo lo quebró con la pompa fúnebre. Hombres y mujeres, en su mayoría humildes, lloraron al compás de la música a medida que los celebrantes ingresaban los restos por la nave central de la iglesia atestada, con gente parada en los pasillos, cerca del altar, en las naves laterales y con centenares de personas en la puerta que intentaban entrar.

Al mediodía, las campanas de la Piedad comenzaron los dobles que anunciaron la colocación de la urna en su lugar. De inmediato, todas las campanas de la ciudad acudieron al llamado y Buenos Aires se convirtió en una extraña sinfonía de metales que sobrevoló los techos hasta las nueve de la noche del día siguiente.

III

Seis horas después, cuatro hombres de riguroso luto tomaron la urna y la llevaron solemnemente por la nave central hasta el carro ornamentado con lujo que los esperaba estacionado en la puerta de la parroquia. Oscura y esmaltada, la carroza llevaba adornos de oro en la baca y en el techo y

las puertas negras fileteadas de un preciso dorado. Minutos más tarde, el cochero ascendió al pescante y dos hileras de vecinos comenzaron a tirar del carro. El carruaje inició su andar con paso lento hacia el Fuerte y, de lejos, la imagen de esa caravana surcando las calles de la orgullosa ciudad porteña ofrecía una melancolía imponente.

Primero iban seis caballos cubiertos de mantas negras pero guiados por hombres de riguroso blanco. Detrás, en primera fila, se distinguía la cabellera rubia de Juan Manuel de Rosas, vestido de luto y acompañado por sus ministros, Tomás Guido, Manuel José García, José María Roxas y Patrón y el presidente de la Legislatura, Felipe Arana, y luego las demás autoridades civiles y militares y las tropas de caballería. En la retaguardia, los coches de ceremonia continuaban el sobrio estilo, excepto por los penachos de plumas negras que llevaban las mulas y los caballos, también conducidos por cocheros y lacayos.

El lento cortejo atravesó la ciudad, llegó a la Plaza de la Victoria, y mientras las ruedas de los carruajes surcaban la tierra y cruzaban los simétricos y castizos arcos de la Vieja Recova, desde la fortaleza se escucharon tres cañonazos en homenaje a su antiguo ocupante. Al grito de “¡Viva el coronel Dorrego!” y “¡Mueran los asesinos!”, el carruaje cruzó la maciza puerta de madera del Palacio. Ya en el primer patio, bajaron la urna y la guardia le rindió los honores correspondientes. Desde el río, siempre marrón, las barcas con banderas a media asta que se balanceaban sobre el horizonte contestaron los cañonazos de la fortaleza, mientras la multitud clamaba en la plaza y el gobernador Rosas, con imponente circunspección, depositaba la urna en la capilla preparada para velar los restos del jefe de su partido.

Nunca antes Buenos Aires había vivido una jornada como esa. Miles de personas recorrían sus calles, en cada esquina los gauchos improvisaban cielitos y vidalitas, las mujeres y los hombres vestían de luto y por donde se mirara había llantos y lamentos. El Gobierno, los estancieros federales y la Iglesia estaban abocados al monumental homenaje a Manuel Dorrego, fusilado un año antes por el general Juan Galo de Lavalle, el “León de Riobamba”, el granadero sanmartiniano que hizo temblar al Libertador Simón Bolívar, vencedor de Ituzaingó, a quien la Historia conocerá finalmente como “la Espada sin cabeza”.

IV

El 21 de diciembre, la ciudad despertó bien temprano con las acarameladas voces del coro de la capilla que iniciaron cerca de las cinco de la mañana sus canciones laudatorias. Pero cerca de las 11, las primeras cruces de procesión de los franciscanos atravesaron los muros del Fuerte. Detrás de los maderos, emergió de la puerta el carro, las autoridades y finalmente la guardia de honor. Debían avanzar apenas 150 metros hasta la Catedral, cuyo frente había sido recientemente reformado por el ex presidente Bernardino Rivadavia con la intención de imitar el estilo afrancesado del Panteón de París. Pero fue imposible llegar en poco tiempo. Una multitud de cuarenta mil personas se había reunido en la Plaza de la Victoria.

Las puertas de madera se abrieron y los ministros del Gobierno que cargaban la urna escucharon los primeros acordes del *Réquiem* de Mozart. Lentamente caminaron hacia el centro de la nave central y lo colocaron en un magnífico catafalco que medía 15 metros de alto y estaba formado por una escalinata de doce peldaños, un cubo de base y tres cuerpos superiores.

Guando concluyó el *Réquiem* mozartiano, comenzó la misa solemne celebrada por el presbítero doctor Santiago Figueredo, un teólogo revolucionario que recolectó fondos para el Ejército patriota, fue miembro de la Asamblea General Constituyente del año 13 y miembro del Senado eclesiástico. El religioso se levantó de su silla, ascendió al púlpito tallado en mármol y madera y luego de unos segundos de recogimiento, leyó con la voz desvanecida, mirando a Rosas a los ojos: “Excelentísimo Señor: Cuando un pueblo hace ostentación de su dolor, permitiendo a sus ojos el desahogo de las lágrimas por la muerte de algún ciudadano desgraciado; cuando, renovando constantemente su llanto, acredita que él no es fruto de una sensibilidad pasajera, sino un justo homenaje de gratitud por sus servicios, y de sentimientos por sus desgracias, ¿qué podrá decir un orador que recomiende más el mérito de su héroe? Yo no encuentro expresiones más elocuentes que las lágrimas del pueblo; porque un pueblo entero no se alucina y vuestros públicos sentimientos no pueden dejar de ser los garantes más infalibles de sólidos y sobresalientes virtudes. [...] Por fortuna yo no tengo necesidad de cubrir de flores este monumento de vuestro dolor ni vengo a imitar al célebre cónsul Antonio que, mostrando al pueblo la túnica de César traspasada a puñaladas, y su busto cubierto de heridas y de sangre, consiguió conmoverlo, hasta precipitarlo en venganzas. No permita el Cielo que mi lengua excite pasiones tan innobles, y que olvidando mi ministerio de paz, lo convierta en instrumento de horrores [...] Dorrego fue víctima de la ambición; ese monstruo sangriento que despedaza el alma, sin dejarla jamás tranquila, ese funesto taller de

intrigas y revoluciones, ese genio del mal, al que todo parece fácil, porque cree que nada le es prohibido; que mira el crimen útil, como la más brillante virtud y que no reconoce otra ley que la favorable a sus intentos”.

Figueredo hizo un silencio interminable. Se secó la transpiración y luego continuó relatando detalladamente la vida de Dorrego. Hasta que llegó al patíbulo de Navarro, después de varios minutos de homilía, al que llamó teatro de horrores y carnicería. Y en ese momento lanzó una profecía que si hubiera sido escuchada habría cambiado la historia argentina: “Mi corazón se llena de espanto —pronunció con voz trémula— al ver las lanzas de nuestros soldados humeando aún en la sangre de mis amigos, de sus compatriotas, de sus padres y de sus hermanos; y que, sedientas de más vida, corren en pos de las pocas víctimas que escaparon de su furor. ¿Y vosotros, valientes militares, que tantas glorias habéis dado a la patria, sois los autores de estas lágrimas y de este luto? ¿Qué mal os habían hecho esos inermes pobladores de la campaña? ¿Cuáles son los laureles con que van a ceñir vuestras sienes, venciendo a ciudadanos pacíficos y desarmados, que no han hecho más que obedecer al Gobierno que reconocen? Sin duda este no será el triunfo de que os gloriaréis en la avanzada edad. Fue un horroroso atentado sublevarse contra el gobierno de la provincia el día primero de diciembre, pero mucho mayor y más atroz, someter y asesinar vecinos indefensos. [...] Ya no existe el señor Dorrego. ¿Estarán satisfechos de sangre sus verdugos? Ellos han fundado su gobierno sobre el cadalso y procurarán conservarlo a la sombra del terror; pero será en vano, porque bien pronto se desengañarán, que entre nosotros no pueden sostenerse los tiranos. [...] Juremos sobre los restos preciosos de este patriota virtuoso —concluyó Figueredo señalando el catafalco— no recordar nuestras pasadas desgracias, sino para evitar su repetición, olvidar nuestros resentimientos personales, renunciar a las venganzas, conservar el orden y respetar las leyes; esta es la gracia que desde el sepulcro os pide Manuel Dorrego. ¿Se la negaréis?”.

Un silencio espeso, incorruptible, fue el colofón de las palabras de Figueredo. Quebrado unos minutos después por los cañones que dispararon ocho veces y las descargas de fusiles de los cinco cuerpos de infantería apostados en la plaza. Finalmente, a las tres y media de la tarde, concluyó la ceremonia, Rosas y los miembros de su gobierno se retiraron y Buenos Aires se sumió en su breve siesta de aldea.

A las seis de la tarde, las exequias alcanzaron su máximo dramatismo. Una extensa columna de doce cuadras comenzó a andar por Buenos Aires desde la Catedral al cementerio del Norte, ubicado en la zona de los monjes recoletos. Lentamente, la manifestación avanzó a paso de hombre, mientras en las calles el pueblo se congregaba para ver el paso de su líder asesinado y desde las terrazas las mujeres vestidas de negro arrojaban flores y aguas perfumadas al carro fúnebre. Al fin, el imponente cortejo llegó a la Recoleta a las siete y media de la tarde, cuando el Sol se escondía detrás de la inhóspita pampa y el cielo devenía en un combate de colores rojizos y anaranjados.

Media hora después, cuatro generales depositaron la urna en una suntuosa bóveda repleta de flores. El respetuoso silencio se quebró con la voz enérgica del gobernador: “Dorrego: víctima ilustre de las disensiones civiles: descansa en paz. La patria, el honor y la religión han sido satisfechos hoy, tributando los últimos honores al primer magistrado de la República, sentenciado a morir en silencio de las leyes. La mancha más negra en la historia de los argentinos ha sido ya lavada con las lágrimas de un pueblo justo, agradecido y sensible. Vuestra tumba, rodeada en este momento de los representantes de la provincia, de la magistratura, de los venerables sacerdotes, de los guerreros de la independencia y de vuestros compatriotas dolientes, forma el monumento glorioso que el gobierno de Buenos Aires os ha consagrado ante el mundo civilizado. Este monumento advertirá hasta las últimas generaciones que el pueblo porteño no ha sido cómplice en vuestro infortunio. Allá el eterno árbitro del mundo, donde la justicia domina, vuestras acciones han sido ya juzgadas; lo serán también las de vuestros jefes; y la inocencia y el crimen no serán confundidos. Descansa en paz entre los justos —y con la voz entrecortada por las lágrimas, sinceras o no, Rosas exclamó—: adiós, adiós para siempre”.

En la plaza del cementerio, las tropas de infantería, caballería y artillería en tren volante se desplegaron presentando batalla y el general mayor coronel Juan Ramón González Balcarce dio la orden de disparar dieciséis descargas de cañón, seguidas por las descargas de fusilería y la respuesta de cuarenta y cuatro cañonazos de salva de la marina apostada en el puerto.

Después de treinta y seis horas de una magnífica pompa fúnebre —digna de un príncipe o de un César— Buenos Aires ya no era la misma ciudad que había gobernado Manuel Dorrego. Los sueños de la Revolución de Mayo habían muerto con él. Habían sido segados por la balacera del pelotón de fusilamiento que, a las órdenes de Lavalle, habían terminado con la vida del gobernador en los campos de Navarro. Dos países estaban enfrentados. Dos países que ya nunca más podrían suturar sus heridas se

habían separado en los campos de Navarro. De Mayo lo único que quedaba eran los restos de Dorrego. Y, al igual que los sueños de Mariano Moreno, Manuel Belgrano, José Artigas, Simón Bolívar y José de San Martín, ya estaban sepultados. Ya nada sería igual después de aquel 13 de diciembre de 1828. Un año tan sólo había pasado desde la muerte hasta las exequias de Dorrego. Un año en que la guerra civil y la tiranía de Lavalle habían sembrado la política de asesinatos públicos y condenas de destierros.

El presbítero Figueredo en su homilía recordó la toga ensangrentada de Cayo Julio César y a Marco Antonio conmoviendo al pueblo con el busto mancillado de quien había querido ser el rey del pueblo romano. Pero Antonio no era César. Y como se sabe, cada muerto tiene su apropiador. El de César fue Cayo Octavio, su sobrino, el hombre que burlándose de la voluntad de los asesinos de Julio César construyó el imperio más grande de la antigüedad.

El crepúsculo en que los restos de Dorrego comenzaron a descansar en paz, Argentina ya tenía su Octavio.

Tras el abrazo de Luis Dorrego, hermano de Manuel, y de los llantos de Ángela Baudrix, la viuda, Juan Manuel de Rosas arrojó una guirnalda sobre la tumba y se enjugó las lágrimas. Entonces, la oscuridad serena de diciembre ocultaba los pretorianos ojos celestes del Restaurador.